

LA DERROTA DE NELSON, EL «MANCO DE TENERIFE»

Julio ALBERT FERRERO
Vicealmirante (r)

El 25 de julio de 1797 se produjo un hecho glorioso en las armas españolas en el que se enfrentaron dos insignes militares: el contralmirante Nelson, de la *Royal Navy*, y el teniente general del Ejército español don Antonio Gutiérrez.

Antes de relatar los hechos parece obligado hacer una breve semblanza de ambos personajes, semblanza que pondrá de manifiesto el carácter y el desenlace de la acción.

Horacio Nelson nació en el año 1758. Ingresó como guardiamarina en la *Royal Navy* a los 12 años, demostrando desde el principio su valía y su coraje. Intervino en varias acciones de guerra en ultramar. Su carrera fue fulgurante, ya que a los veinte años era capitán de navío y comandante de la fragata *Hinchimbrook*. Desempeñó brillantemente varios mandos de buque. Tomó parte en un desembarco en Córcega, en donde perdió un ojo. Mandó la retaguardia de la escuadra del almirante Jervis en el combate del cabo de San Vicente, el 14 de febrero de 1797, en donde tuvo una actuación destacada. Ese mismo año ascendió por antigüedad al empleo de contralmirante.

Don Antonio Gutiérrez nació en el año 1734, y su figura es muy representativa de los militares del siglo XVIII. Intervino en la última campaña de Italia, del reinado de Felipe V. De teniente coronel mandó la fuerza que derrotó a los ingleses en las Malvinas, recuperándolas para España. Llevó a cabo la operación de castigo sobre Argel, siendo coronel, en represalia por el ataque a Melilla, resultando herido. Ostentando el empleo de general de brigada venció por segunda vez a los británicos, a las órdenes del duque de Crillon, en 1782, en la recuperación de Menorca. De general de división (mariscal de campo) desempeñó los destinos de comandante militar de Menorca y gobernador militar de Mahón. En 1791 ascendió al empleo de teniente general, tomando el mando militar del archipiélago canario.

El 8 de agosto de 1796 Francia y España firmaron el funesto Tratado de San Ildefonso, que a juicio de Inglaterra alteraba el equilibrio europeo, considerando ésta que el mencionado tratado iba dirigido contra ella, por lo que se dedicó a provocar a España, apresando a los buques españoles surtos en los puertos británicos. España se vio precisada a declararle la guerra en octubre de ese mismo año.

Después de la derrota sufrida por la escuadra española, bajo el mando del almirante don José de Córdoba, en el combate del cabo de San Vicente, la escuadra del almirante Jervis bloqueó Cádiz con el objeto de destruir a los buques de la escuadra española surtos en aquel puerto. El almirante Mazarre-

do dirigió la defensa brillantemente, organizando una flotilla de lanchas cañoneras que obligó a las fuerzas navales británicas a retirarse a mayor distancia de la costa. Los ataques carecieron de resultado práctico. El bloqueo duró varios meses, lo que dio lugar a una desmoralización de las dotaciones, por la dureza de la vida a bordo, las incomodidades propias de los buques en aquellos tiempos, la rutina de la vida a bordo, la falta de actividad durante días que parecían interminables, sufriendo además los malos tiempos de la zona. Todo ello contribuyó a crear un clima exacerbado, llegando algunas dotaciones a amotinarse. En estas circunstancias había que hacer algo para evitar males mayores. Pronto se presentó la oportunidad de emprender una operación que rompiera la nefasta rutina y motivase a la gente.

Ante la situación de bloqueo en que se encontraba el puerto de Cádiz, los buques españoles procedentes de ultramar descargaban sus valiosas mercancías en los puertos canarios, especialmente en Santa Cruz de Tenerife, que era una plaza fortificada. El almirante Jervis, enterado de su llegada, decidió apresarlos para conseguir un botín que satisficiera la tradicional rapacidad de las dotaciones británicas y al propio tiempo probar la capacidad defensiva de Tenerife.

Evidentemente cualquier estrategia naval, y en este caso el almirante Jervis, en aquellas circunstancias y siendo consciente de la importancia estratégica del archipiélago canario, tenía que tener en su mente la conveniencia de aprovechar la oportunidad que le brindaba el estar en posesión del dominio del mar para conquistar Tenerife.

Comenzó enviando dos fragatas, que merodearon alrededor de la isla y que tras un audaz golpe apesaron una fragata de la Real Compañía de Filipinas, en abril de 1797, fondeada en el puerto de Santa Cruz de Tenerife.

Posteriormente destacó varias fragatas, que realizaron exploraciones de la zona y que consiguieron informaciones valiosas. Apesaron una corbeta francesa, *La Mutine*. Se sucedieron varias acciones con éxito, llegando a entrar en el puerto con bandera blanca con el pretexto de canjear prisioneros.

A la vista de estas exitosas operaciones, el almirante Jervis decidió emprender el ataque a Santa Cruz de Tenerife mediante un asalto anfíbio en toda la regla, distinto a una mera operación de castigo, como los ingleses han tratado de difundir en un intento de disminuir la importancia de su descalabro. Jervis destacó a una escuadra bajo el mando del contralmirante Nelson, compuesta por tres navíos de línea, *Theseus*, *Culloden* y *Zealous*; tres fragatas, *Seahorse*, *Terpsichore*, *Emerald*; la balandra *Fox* y la bombardera *Rayo*. Esta fuerza naval dejó las aguas de Cádiz el 15 de julio de 1797, navegando en demanda de Tenerife.

El ataque pretendía lograr un triple objetivo: conseguir presas valiosas, romper la monotonía producida por el bloqueo de Cádiz y conquistar Tenerife mediante un asalto anfíbio.

El día 17 Nelson convocó a los comandantes de los buques para exponerles el plan de asalto, que designaba al capitán de navío Troubridge, comandante del *Culloden*, como jefe de la fuerza de desembarco, fuerza que se reagruparía

en las tres fragatas, que serían los buques que participarían en la fase de asalto. De este plan se deduciría claramente una intención de ocupar Tenerife, al indicar textualmente la posesión de cargamentos «que se desembarcasen más tarde».

Durante el día 18 las dotaciones se dedicaron a instrucción de armas cortas. El día 20 el capitán de navío Troubridge se trasladó al *Theseus*, buque insignia de la Escuadra, para recibir las órdenes y los detalles de la operación. La fuerza de desembarco se componía de 200 hombres por cada navío de línea, 100 hombres por cada una de las tres fragatas, completada por 80 artilleros, es decir por unos 1.000 hombres.

El ataque consistía en una operación anfibia de objetivo limitado, no se trataba de una mera incursión anfibia. La *Royal Navy* contaba con gran experiencia en esta clase de operaciones, dominando la táctica del transporte marítimo de fuerzas de desembarco, lo que le proporcionó gran movilidad estratégica. La campaña contra los franceses en el Canadá y los desembarcos fracasados, como el del almirante Vernon en Cartagena de Indias, cuya arrogancia británica les llevó a fundir medallas conmemorativas de la que iba a ser su conquista, fueron lecciones aprendidas que contribuyeron a lograr la gran experiencia aludida.

Con el fin de poder analizar el resultado del ataque, a continuación se exponen las características, posibilidades y limitaciones de toda operación anfibia en aquellos tiempos.

Existía gran dificultad para conseguir un fuego naval de apoyo adecuado. En ocasiones, el corto alcance de la artillería naval impedía alcanzar la zona eficaz de tiro. La puntería contra blancos terrestres de dimensiones reducidas se complicaba con los movimientos de balance y cabezada al no contar entonces con direcciones de tiro estabilizadas. Las tropas enemigas en tierra quedaban resguardadas por montículos o dunas, ya que los blancos sólo podían ser batidos por tiros directos, teniendo los buques que recurrir al empleo de morteros montados a bordo de las bombardas, que proporcionaban tiros curvos por elevación.

La artillería terrestre podía batir con facilidad a los navíos de línea, que con su gran porte ofrecían blancos fáciles. Esto exigía por parte de los atacantes emplear lanchas cañoneras que, armadas con un solo cañón y con su poco calado y su maniobrabilidad, podían acercarse a la costa.

La escasa información que se solía tener, necesaria para moverse en aguas poco profundas, con bajos que no estaban señalados en la cartografía de la época, complicado con la existencia de corrientes y mareas, añadían dificultades al desembarco. Éste se efectuaba por medio de lanchas o botes a remo cuya varada en la playa, debido a los rompientes, les hacía zozobrar con frecuencia o abatir, alejándoles del punto previsto del desembarco, con el consiguiente retraso en la fuerza de desembarco que tenía que desplegar en formación de combate.

En los primeros momentos la fuerza de desembarco solo podía contar con tropas de infantería, puesto que las piezas de artillería tenían que armarse en la

playa y, al no contar con caballerías, tenían que ser transportadas a brazo. Tampoco al principio del asalto a la playa se podía disponer de la caballería, puesto que su desembarco resultaba lento; esto hacía perder la sorpresa, factor esencial en toda operación anfibia. La penetración en territorio enemigo se dificultaba por las limitaciones de apoyo logístico, al carecer de tracción animal y de carruajes, circunstancia que obligaba a vivir «sobre el terreno». Por ello, aun cuando en el desembarco se hubiese conseguido en el momento inicial la sorpresa, el enemigo podía disponer de tiempo para reaccionar.

Desde que se recibió la noticia de la declaración de guerra el teniente general Gutiérrez, capitán general de Canarias, se aprestó con gran actividad a la defensa, preparándose para una larga resistencia. Reforzó las fortificaciones artilleras, que consistían en antiguos fuertes equipados con artillería de regular eficacia, si se exceptúa la emplazada en los castillos de Paso Alto, de San Miguel y de San Andrés, con campos de tiro exclusivamente marítimos, por lo que un ataque procedente de tierra dificultaría en extremo su defensa. Se conseguía el solape de las zonas de tiro de los castillos de Paso Alto, de San Cristóbal y de San Juan por medio de baterías intermedias.

La guarnición de Tenerife contaba con las fuerzas siguientes:

- El batallón de Canarias, unidad de élite.
- Cinco regimientos provinciales de milicias incompletos.
- Banderas de enganche o partidas de reclutamiento de los regimientos fijos de Cuba y La Habana.
- Cuatro compañías de artilleros en Santa Cruz, una en el puerto de la Orotava, otra en Garachico y medias compañías en La Candelaria y en el valle de San Andrés.
- Santa Cruz de Tenerife disponía de 375 artilleros milicianos que dotaban 84 cañones y 7 morteros desplegados en los fuertes y baterías entre Paso Alto y el Barranco Hondo.

El batallón de Canarias servía también como unidad de adiestramiento de los regimientos provinciales, constituidos exclusivamente por milicianos.

El día 21 se transbordaron a las tres fragatas británicas todos los componentes de la fuerza de desembarco. Los navíos de línea permanecerían alejados de la costa durante éste.

La maniobra de la fuerza de desembarco comprendía dos fases. En la primera se desembarcaría a unas dos millas al nordeste del muelle de Santa Cruz, en la playa del Valle Seco, dirigiéndose al risco de la Altura para tomar, en una maniobra de envolvimiento, desde atrás, el castillo de Paso Alto, intimando a la rendición mediante una carta al general Gutiérrez.

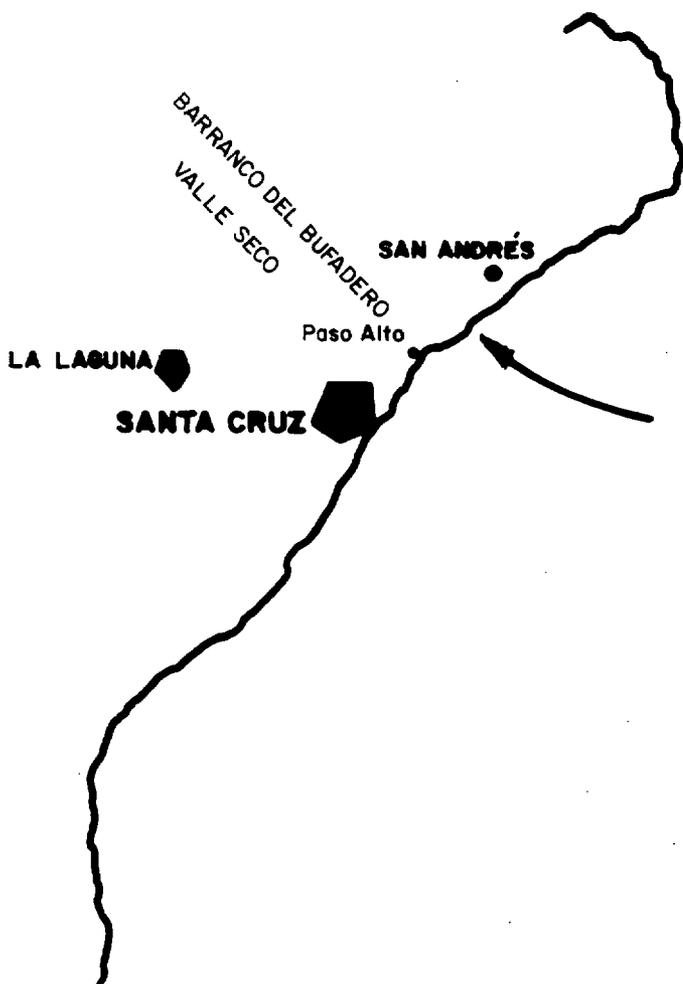
En la fase segunda, y en el caso de que la rendición del castillo no produjese la rendición de la ciudad, se dirigirían al muelle para, desde allí, ocupar Santa Cruz.

En la noche que va del 21 al 22 de julio se avistó desde el extremo nordeste de la isla, Punta Anaga, a la Escuadra de Nelson. Horas más tarde se dio la

alarma, con lo que se perdió la sorpresa estratégica, no así la sorpresa táctica, puesto que se desconocía el lugar de desembarco.

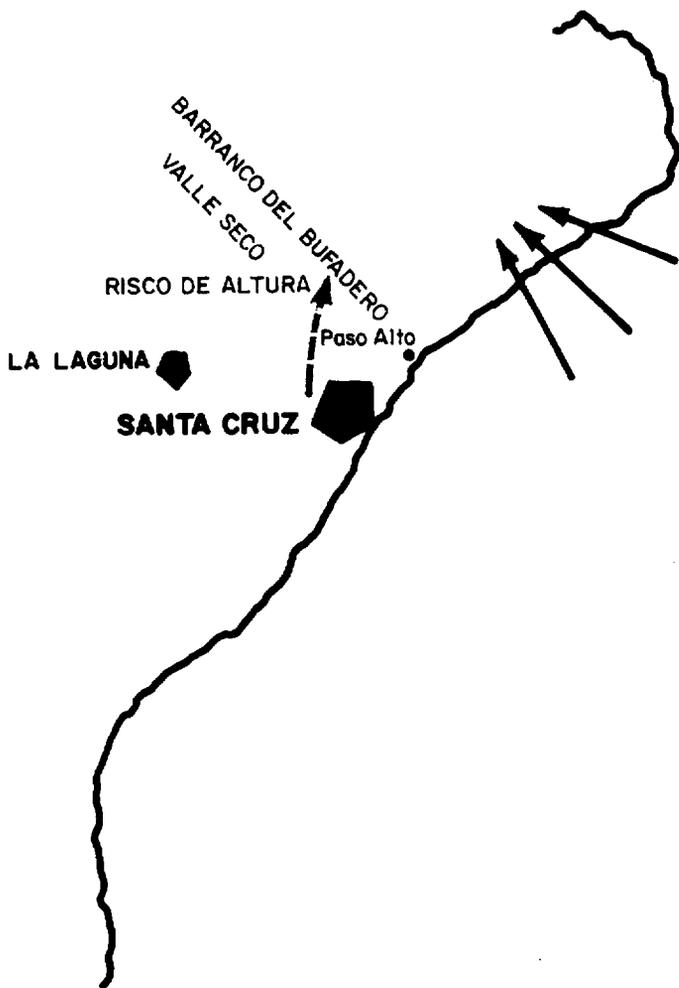
En la madrugada del día 22 las tres fragatas se situaron a unas tres millas de la costa. Las condiciones de mar y de viento les impedían acercarse a la costa. Los tres navíos de línea se mantenían alejados.

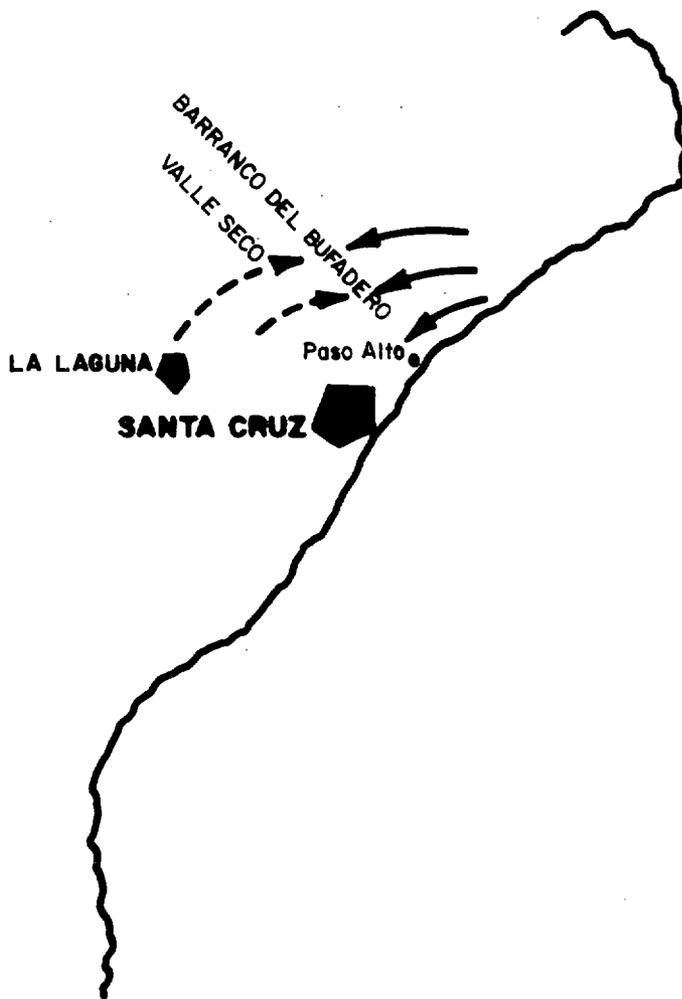
El movimiento buque-costa se inició con dos formaciones de botes. Una compuesta por 23 lanchas que se dirigían al barranco del Bufadero (fig. 1) y la otra, con 16, que arrumbaba hacia el centro de la ciudad.



Las adversas condiciones meteorológicas y el alertamiento del enemigo fueron las causas de que se abortase el desembarco. Los botes invirtieron el rumbo dirigiéndose a los buques.

A las diez de la mañana de ese mismo día 22 las tres fragatas, remolcadas por sus botes, fondearon en las proximidades del barranco del Bufadero, comenzando el desembarco de unos 1.000 hombres, que pusieron pie en tierra en la playa del Valle Seco, a pesar del fuego que sobre ellos abrió el castillo de Paso Alto. Tomaron rápidamente una colina cercana, pero no pudieron progresar ante el fuego cruzado de las fuerzas defensoras enviadas previamente por orden del general Gutiérrez a ocupar el risco de la Altura, que se encontraba en una cota más alta. Los británicos recibieron el fuego cruzado de esas fuerzas, compuestas por unos 165 hombres de las unidades más escogidas de la guarnición. El intento de tomar Paso Alto por la retaguardia había fracasado.





Ante la posibilidad de que se intentase proteger el desembarco de más fuerzas y tomar las alturas y vías de penetración hacia el interior de la isla, el general Gutiérrez ordenó al jefe del batallón de Canarias que fuese a La Laguna para conseguir reunir el mayor número posible de milicianos, y que con ellos se dirigiese con urgencia hacia el Valle Seco con el fin de ocupar los pasos obligados, cortando la posible progresión de los ingleses. Este jefe, junto con 30 hombres de su batallón y 50 civiles, consiguieron al atardecer del mismo día 22 ocupar, tras una marcha rapidísima, los objetivos previstos (figs. 2 y 3).

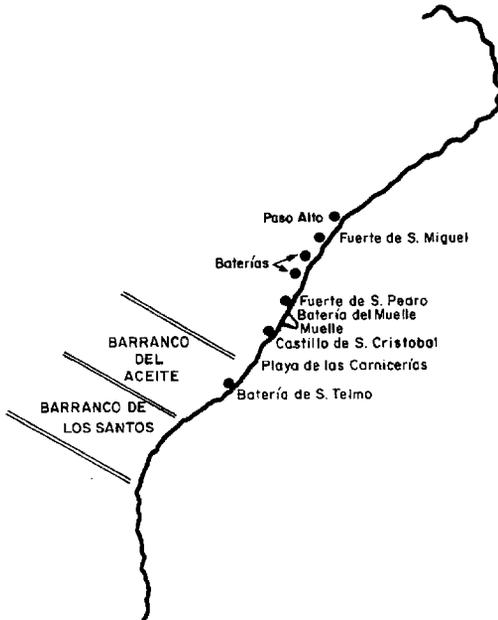
Durante todo el día 23 se intercambió fuego de fusil y de cañón. Los ingleses, que se encontraron con unas dificultades inimaginables ante la aspereza del terreno, no parece que tuviesen un conocimiento adecuado para intentar una progresión hacia el interior e incluso para desembarcar con éxito. Ante

estas dificultades, una vez que había fracasado la sorpresa, fijadas sus fuerzas en las alturas de Paso Alto y cortados los accesos a la ciudad por el norte por las fuerzas defensoras, el desembarco había fracasado.

Nelson ordenó, previa señal desde el *Theseus* —que se había aproximado a la costa—, la retirada, y la fuerza, amparada por la oscuridad de la noche del 23 al 24, comenzó su retorno hacia la playa.

Finalizado el reembarco, las tres fragatas levaron anclas y navegaron a lo largo de la costa, llegando sobre las tres de la tarde del día 24 a las proximidades del barranco Hondo y de La Candelaria. Se trataba de una maniobra de diversión para desconcertar y atemorizar a las fuerzas defensoras; sin embargo, nada de esto ocurrió, ya que cada movimiento de la Escuadra británica tuvo acertada réplica.

En efecto, el general Gutiérrez, desde que se produjo el fracaso del primer desembarco, estaba convencido que el próximo asalto consistiría en un ataque frontal sobre la ciudad desde el muelle y, por tanto, cambió el despliegue de sus fuerzas del siguiente modo: estableció el puesto de mando en el castillo de San Cristóbal; en el castillo de Paso Alto quedó solamente un retén de 30 hombres; concentró la fuerza, previamente reforzada por milicianos procedentes de los cinco regimientos provinciales, en Santa Cruz; organizó la defensa de los puertos de La Candelaria, San Isidro y Tejina; ordenó la alerta a todos los castillos, torres y baterías; desplegó a las fuerzas mejor adiestradas al sudoeste del castillo de San Cristóbal y hacia el nordeste a las que le merecían menos garantía; designó el batallón de Canarias como reserva, para acudir a donde fuese necesario (fig. 4).



Nelson, el marino genial y hasta entonces invicto, se enfrentaba con una situación insólita que tenía que resolver para salvar el honor de la *Royal Navy*. Convocó a los comandantes, reconociendo el fracaso de su plan inicial, y les comunicó su decisión de conquistar Santa Cruz a toda costa mediante un asalto frontal desde el muelle. Esa misma noche comunicó por carta al almirante Jervis, su jefe natural, la decisión de volver a intentar el desembarco, en la que textualmente le decía:

«Tomaré el mando de todas las fuerzas destinadas a desembarcar bajo fuego de las baterías de la ciudad y mañana probablemente será coronada mi cabeza con laureles o con cipreses».

Esto último fue lo que realmente ocurrió. La Escuadra, reforzada por la fragata *Leander* llegada ese día procedente de las aguas de Cádiz, se mantuvo amenazadoramente barajando la costa durante todo el día 24.

A las seis de la tarde fondeó en el mismo sitio del día 22, o sea, a unas dos millas al nordeste del muelle de Santa Cruz.

A las siete de la tarde la bombardera *Rayo*, protegida por una fragata, abrió fuego sobre Paso Alto con escasa eficacia, produciéndose con las baterías del castillo un duelo artillero que duró hasta las dos de la madrugada.

Entre las nueve y las doce de la noche se produjo el embarco de la fuerza en las lanchas de desembarco, distribuyéndose unos 700 hombres en seis grupos de lanchas, 180 a bordo de la balandra *Fox* y 80 en una goleta canaria apresada días antes.

A las cero horas del día 25 comenzó la fase del movimiento buque-costa, iniciada lentamente por la balandra que llevaba a la fuerza de élite, la goleta y seis grupos de lanchas arrumbados al muelle de Santa Cruz. Los comandantes de los buques mandaban personalmente los grupos correspondientes.

La noche era cerrada, con visibilidad escasa y con fuerte marejada. La navegación transcurría sigilosamente, los hombres permanecían en silencio, de acuerdo con las órdenes recibidas, y los remos forrados con lonas para evitar hacer ruido al entrar en el agua.

El capitán de navío Troubridge era el jefe de la fuerza de desembarco; sin embargo, ante el fracaso del primer desembarco Nelson, tal y como había escrito a su jefe, decidió mandarlo personalmente, lo que resulta un tanto extraño desde un punto de vista funcional e incluso orgánico.

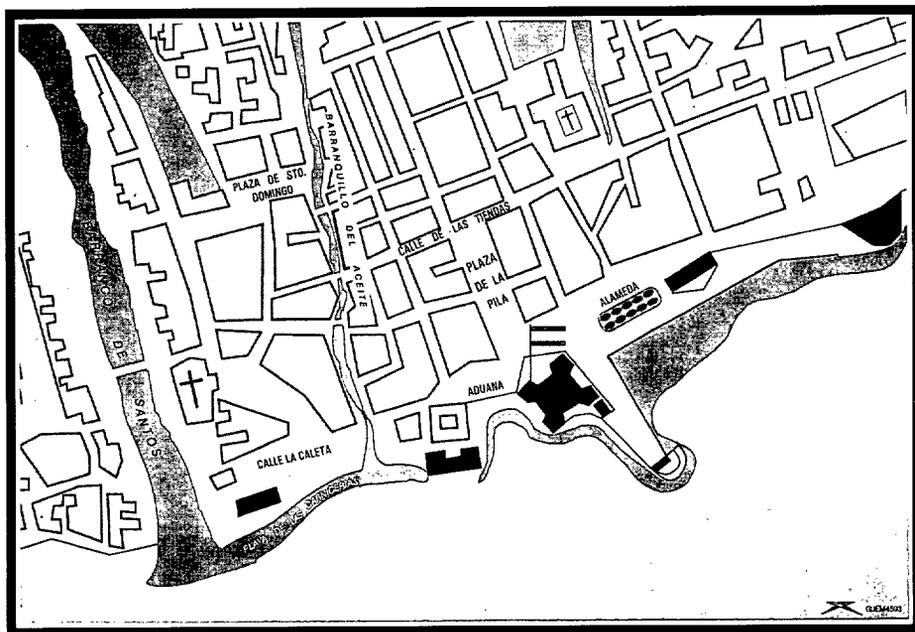
Los objetivos eran el muelle y el castillo de San Cristóbal. La maniobra consistía en desembarcar agrupados en el muelle, tomar el castillo de San Cristóbal, desplegar en orden de batalla en la plaza de la Pila, que actualmente es la plaza de La Candelaria, desde allí intimidar a la población y esperar a su reacción.

La fragata española *San José*, que se encontraba fondeada a unos 500 metros del muelle, dio la alarma y casi simultáneamente la dio también el castillo de Paso Alto. Inmediatamente todas las baterías, desde el castillo de Paso Alto hasta el castillo de San Telmo, abrieron fuego con toda clase de proyectiles y metralla, hundiendo a la balandra *Fox*, que perdió 97 hombres y tuvo numerosos heridos, produciendo según dijeron los atacantes un verdadero infierno.

La resaca y la marejada dispersaron hacia el sudoeste a la fuerza. Solamente tres de los seis grupos alcanzaron el muelle, pero muy mermados de fuerzas. Únicamente consiguieron desembarcar los hombres de cinco lanchas; otras encallaron entre los castillos de San Cristóbal y de San Telmo, siendo hostigadas por el fuego de fusil de los milicianos.

Nelson, que iba en el cuarto bote, recibió antes de desembarcar un impacto en el brazo derecho y tuvo que ser evacuado a su buque insignia, donde un cirujano francés se lo amputó.

El resto de la fuerza, es decir, los tres grupos restantes, consiguió desembarcar más al sudoeste; la mar les había hecho abatir, logrando alcanzar las playas que estaban entre La Caleta y el barranco de los Santos. El grupo al mando de Troubridge desembarcó en la playa de La Caleta e intentó sin conseguirlo tomar el castillo de San Cristóbal por retaguardia. A pesar de ello Troubridge, demostrando una gran arrogancia, envió un mensaje al general Gutiérrez para que se rindiese. A continuación se dirigió a la plaza de la Pila junto con las fuerzas que habían conseguido desembarcar en el barranco del Aceite para esperar allí refuerzos (fig. 5).



Los dos grupos restantes desembarcaron en la playa de las Carnicerías y siguieron por el barranco de los Santos; era la fuerza desembarcada más numerosa. Sus ataques al principio tuvieron éxito, pero pronto contraatacaron por el flanco el batallón de Canarias y las partidas de Cuba y de La Habana, empujándoles hasta la plaza de Santo Domingo, donde se unieron a las fuerzas de Troubridge, quien cansado de esperar en la plaza de la Pila se dirigió a

aquella. Los defensores cercaron a los ingleses, que tuvieron que refugiarse en el convento de Santo Domingo.

El batallón de Canarias, previa orden, ocupó el muelle con el fin de cortar la retirada y también para impedir la llegada de refuerzos procedentes de los buques. El regimiento de La Laguna recibió la orden de dirigirse también al muelle en dos columnas, una por la retaguardia de la plaza de Santo Domingo, para evitar la progresión del enemigo hacia el interior, y la otra siguiendo la línea de costa. Tanto las órdenes como los movimientos de los defensores fueron acertados y ejecutados con rapidez y eficacia.

De nuevo Troubridge, a pesar de su desesperada situación, tuvo la ridícula ocurrencia de exigir la rendición, a la que el general Gutiérrez replicó con dignidad y contundencia. El combate mientras tanto seguía con menor intensidad.

Nelson intentó en la madrugada reforzar el ataque enviando 15 botes hacia el muelle. Las baterías costeras abrieron fuego sobre ellos, consiguiendo hundir a tres; los doce restantes viraron y se dirigieron a sus buques.

La situación era insostenible para los atacantes, con el grueso de sus fuerzas cercadas en el convento de Santo Domingo, el resto fijadas en el muelle—cuya batería allí instalada, inutilizada al principio, había sido recuperada y estaba en acción— y, sobre todo, sin posibilidad alguna de recibir refuerzos.

Ante esta triste situación, Troubridge se rindió a la evidencia y envió a parlamentar al comandante Hood para conseguir una derrota honrosa, y después de un pequeño intento de intimidación que provocó la negativa del general Gutiérrez a seguir hablando, los ingleses firmaron su rendición a las siete de la mañana del día 25. La lucha había durado escasamente cinco horas.

Efectivamente, las condiciones resultaron honrosas: los británicos volverían a sus buques con todas las armas, se devolverían los prisioneros y se comprometerían (?) a que ningún buque atacaría las islas del archipiélago canario.

Poco después de las siete de la mañana, y ante la aproximación del *Theseus* y del *Emerald* al valle de San Andrés, se produjo un duelo artillero que destrozó una vela del primer buque. También la bombardera *Rayo* se acercó a la costa y sostuvo fuego artillero con las baterías costeras, sufriendo algunos desperfectos.

Los ingleses salieron del convento de Santo Domingo dirigiéndose a la plaza de la Pila, formados y con las banderas desplegadas y a tambor batiente bajo la vigilancia de las fuerzas defensoras.

El reembarco se hizo con dificultad por haber sido destruidas la mayor parte de las lanchas, teniendo que recurrir a algunos botes y a dos bergantines españoles.

Troubridge desembarcó al día siguiente con bandera blanca para recoger a los heridos, llevando una carta de Nelson para el general Gutiérrez agradeciendo su caballerosidad con los atacantes, puesto que había ordenado la hospitalización de los heridos y había proporcionado abundantes raciones de pan y de vino. El general invitó a los comandantes de los buques a su mesa intercambiando regalos: Nelson envió un queso y una barrica de cerveza y el

general correspondió con dos botellones de vino y una carta en la que se expresaba de manera análoga.

En la tarde del día 26 los buques rindieron honores fúnebres, con 25 cañonazos y arriado de sus banderas, en memoria del capitán de fragata Bowen, comandante del *Terpsichore*, muerto en el combate del día anterior.

La escuadra británica abandonó las aguas de Santa Cruz en las primeras horas de la tarde, dejando como recuerdo de su derrota la bandera del *Emerald*, un cañón de campaña y numerosas armas de fuego y blancas que se conservan en el Museo Militar de Santa Cruz junto, entre otros recuerdos, con el cañón «Tigre» al que la tradición le atribuye el impacto sufrido por Nelson, hecho que no está demostrado.

La fragata *Emerald* entregó en Cádiz por orden de Nelson el parte de la victoria española.

Las bajas inglesas se cifraron en 177 ahogados, 51 muertos por armas, 128 heridos y cinco desaparecidos. Las bajas españolas fueron 32 muertos y 40 heridos.

Consideraciones sobre el ataque y la defensa

La operación no consistía meramente en un ataque para obtener presas valiosas, tal y como han pretendido los ingleses en su afán por minimizar la importancia de su derrota. Para esto hubiesen sido necesarias solamente dos o tres fragatas, como ya había ocurrido anteriormente. Es decir, que la entidad de la fuerza naval viene a corroborar lo anterior. Era la tercera vez que Gran Bretaña había intentado apoderarse de Tenerife (en 1657 el almirante Blake y en 1706 el almirante Jennings) y la historia ha venido demostrando que los ingleses nunca se fueron de donde habían desembarcado.

Sin embargo, la composición de la escuadra resultó ser insuficiente en calidad y en cantidad. La entidad de las fuerzas defensoras, unos 1.600 hombres, exigía una fuerza de desembarco mayor, que fue sólo de 1.000 hombres de los cuales únicamente 400 pudieron poner su pie en tierra.

Existió, pues, una falta de información sobre el enemigo, incrementado en una supervaloración de las posibilidades propias. Infravaloró al enemigo, dados los recientes éxitos obtenidos, lo que llevó a Nelson a creer que las fuerzas defensoras habían sido de unos 8.000 hombres.

En el desembarco del día 25 los defensores estaban alertados y, por tanto, no se consiguió la sorpresa táctica que, como se ha indicado, es un factor esencial en todo asalto anfibio.

De las declaraciones hechas por Troubridge se desprende el desconocimiento que tenían de las playas próximas, por ello parece ser que no se estudió la hidrografía y la meteorología de la zona. El estado de la mar fue la causa de la dispersión y del hundimiento de algunas lanchas.

El bombardeo naval fue ineficaz a diferencia de la actuación de la artillería costera. Los buques carecían de la artillería adecuada para batir fuertes y bate-

rías. Habría sido necesario contar con más bombardas equipadas con morteros para efectuar tiro curvo por elevación. La maniobra en tierra también precisaba de una buena preparación artillera.

El asalto del día 25 consistía en un ataque frontal de ruptura, que no resultaba adecuado al haberse establecido una defensa en profundidad que impedía el envolvimiento por los flancos.

Desde el primer momento el general Gutiérrez dominó la situación adelantándose a las intenciones del enemigo, demostrando tener una gran intuición. Aprovechó el terreno y explotó las posibilidades de sus fuerzas, que se desplegaron con gran rapidez. Sus órdenes se ejecutaron con precisión.

El fuego artillero fue eficaz debido al elevado adiestramiento de los artilleros.

Las reservas reflejaron con su actuación la buena instrucción recibida.

El ataque por el norte del día 22 fue abortado gracias a la rápida intervención de la infantería, que evitó la toma del castillo de Paso Alto y del Valle Seco. Nelson reconoció que con esto su plan había fracasado.

En el ataque del día 25 el fuego artillero fue realmente decisivo: hirieron a Nelson, hundiendo la balandra *Fox* y numerosas lanchas, y haciendo fracasar el refuerzo.

Conclusiones

- 1.^a) El ataque fue tan audaz como mal concebido.
- 2.^a) El ataque se realizó con intrepidez y arrojo por parte inglesa.
- 3.^a) La confianza del almirante Nelson en sí mismo y la minusvaloración del enemigo contribuyeron a su derrota.
- 4.^a) El fracasado ataque anfibia se debió en gran parte a la heroicidad, a la rapidez en la movilización del pueblo tinerfeño y a la brillante defensa de las fuerzas españolas, constituyendo un hecho glorioso de nuestras armas, conducidas por un insigne militar de quien, parafraseando al *Quijote*, se le puede aplicar aquello de «y tanto el vencedor es más honrado cuando el vencido es reputado».
- 5.^a) La victoria conseguida por el teniente general Gutiérrez no es suficientemente conocida ni valorada; seguramente esto será debido a la rapidez, sólo en cinco horas, y a la facilidad con que se consiguió.
- 6.^a) Con esta victoria el teniente general Gutiérrez vencía por tercera vez a los ingleses.
- 7.^a) Ésta fue la única derrota de Nelson.

Bibliografía

- ARENCIBIA, Juan José: *La victoria del general Gutiérrez sobre el almirante Nelson*.
- MONTEVERDE MOLINA, José: *Derrota de la escuadra del almirante Nelson en Santa Cruz de Tenerife*.

JULIO ALBERT FERRERO

LANUZA CANO, Francisco: *Ataque y derrota de Nelson en Santa Cruz de Tenerife.*

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española.*

VARIOS AUTORES: *España y el mar en el siglo de Carlos III.*

VARIOS AUTORES: *El buque en la Armada española.*

ÁLVAREZ-MALDONADO, Ricardo y GAMUNDI, Abel: *Las operaciones anfibias.*